



## EL CARNAVAL PARA QUÉ O ESTO ES LO MÍO, SCHOPENHAUER, EL DEL RITMO NO ERAS TU

POR: HERIBERTO FIORILLO

Cuando escribo no pienso si mi lector es pobre o rico, pienso que es un ser humano que habla y escucha, que escribe y sabe leer; es más, pienso que yo soy él y al escribir también lo escucho; lo que escribo es lo que soy y si no soy fiel a mí mismo no puedo ser fiel a quienes me leen. Esta semana he estado exprimiendo la lectura uno de mis maestros, Tomás Eloy Martínez: *"El papel de los maestros, los artistas, los periodistas su compromiso constructivo es el de ser animadores, promotores de creatividad"*. Y ser civilizado es también, lo que cuesta cada paso de eso que llamamos progreso. *"La misión del periodista coincide con la del artista, revelar los abismos y las luces más secretas del hombre, agitar las aguas, estimular la imaginación, provocar el cambio, luchar sin sosiego para que las perezas y los conformismos que adormecen la inteligencia sean derribados."*

La imaginación también se necesita para creer, que el mundo pueda continuar y volverse cada vez más humano. Me pregunto, si no nos vemos los unos a los otros, por que hemos construido nuestra identidad moderna de manera artificiosa y racional, amordazando de manera despiadada a nuestro espíritu, nuestra naturaleza, nuestra sensibilidad, nuestros deseos y nuestras necesidades empíricas. Desde hace muchos años la racionalidad científico-técnica occidental, esa a la que aspiramos, se desprendió de la naturaleza, se volvió un fin en si misma, se olvidó de su función liberadora y se le impuso al individuo con la fuerza de un destino que lo aplasta. Kant, Hegel y, por su puesto, Goethe, supieron del dolor que el esfuerzo de la razón imponía al ser sus portadores, pero, como nosotros, lo justificaron en nombre del progreso.

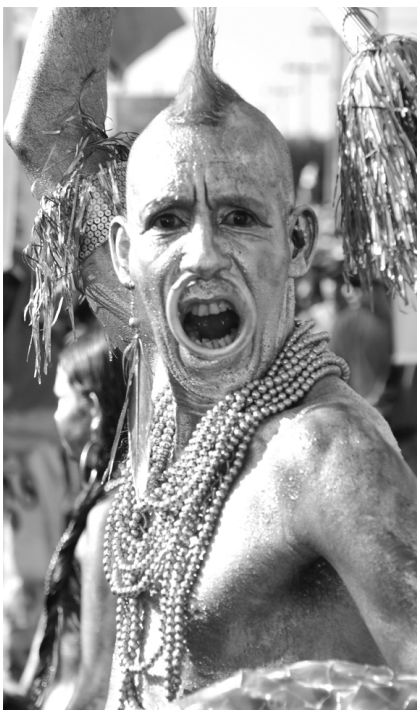
Pero la racionalidad instrumental de hoy se independiza cada vez mas de las necesidades del hombre, las mismas maquinas del ocio (o mejor las que matan nuestro tiempo libre) se parecen cada día mas a esas otras maquinas de trabajo en las que nuestro tiempo muere, ya no hay tiempo ni para leer.

## Pensar en Carnaval

Hemos dejado de leernos los unos a los otros, dice otra vez Tomás Eloy, porque las incesantes convulsiones de la realidad y la necesidad imperiosa de sobrevivir en un afuera siempre hostil, nos consume las energías y los sueños; el modelo neoliberal ha tornado tan alto el precio de cualquier conocimiento, que todo lo que podríamos ser se nos escapa de las manos.

El carnaval, así, es el político que sueña con un paraguas enorme para que no caiga lluvia en Barranquilla. La muchacha enamorada que sopla su vientre con trapos para que su amor no la abandone, el amo del caimán que ladra, el antioqueño que lleva feliz una vida de barrio en esta ciudad con sus tres mujeres, el hombre pájaro que sólo vive para sus pájaros y para su selección Colombia, los trabalenguas incomprensibles de Liceo Herrera y los palíndromos de Juan Luis y el verbo reconocer que puede leerse al derecho y al revés. Todas las fusiones verídicas y las promesas nostálgicas de una cumbiambera, la rebeldía del pontífice, lo que subvierte y divierte, y que no están en la superficie de la realidad, ni en las profundidades del dolor, los disfraces incomparables de Enrique Salcedo, los nuevos colores del raspao, la burguesía nostálgica por los bailes de máscaras aristocráticas en Versalles y los sueños diáfanos de otros ociosos que suspiran en futuro con el mundo de Broadway.

El carnaval habita al ser humano y es parte de nuestra vida cotidiana, sólo que cada año durante tres ó cuatro días todos esos valores y manifestaciones de vida se juntan y se exaltan; como diría Meira del Mar: *"En esos carnavales la imaginación, la lengua y la sonrisa de aquella revolución permanente salen simplemente a flote"*, y el carnaval nunca muere. Cuando se apaga la última luz, de la última fiesta, regresa callada, clandestinamente, a la aburrida cotidianidad para quedarse viviendo por ahí, en los umbrales de las fiestas privadas, en los chistes y las burlas de vecindario, en la crítica mordaz que hace uno a los políticos, en su propia casa en ese constante ejercicio de identidad soberana que llamamos nosotros *"mamadera de gallo"*. El nombre realidad podría venir, especulo yo, por herencia del mundo aquel en que nos instalaba a vivir el rey. Ficción sería por contraste, eso que siempre hemos soñado: vivir nosotros como una novela. En los carnavales, el humano busca olvidar así sea por



instantes aquello que lo acosa en su cotidianidad o lo que imposibilita su libertad de ser y de inventarse, disfruta escapar de la contingencia oficial, institucional y se la sacude con el baile.

Kafka, como insecto o como humano, habría gozado mucho el carnaval; le fascinaban aquellas diversiones que pudieran distanciar al hombre de los sufrimientos de la existencia; lo más probable es que el espíritu de su liberación haga alguna mella en el del represor; quién sabe, se deponen enemistades en aras del placer, tu enemigo es ahí un contradictor de ideas, no un rival con el poder del cañón de una pistola.

El carnaval, como le dijo Alfonso Fontalvo, el director de la Danza del Torito, al investigador Rogelio Hernández,

***"es de los de arriba,  
de los del medio  
y de los de abajo"***

El pacto de suspensión de la realidad devela sueños y sentimientos, los mandatarios griegos sabían bien que en el espacio crítico de la fiesta, el pueblo revelaba una parte de lo que sentía y pensaba sobre si mismo, sobre su gobierno y otros representantes del estado.



El carnaval es fuego, quitarle al carnaval al hombre es despojar al niño de su recreo, al bebe de sus muñecos; como dijera Scheller hablando de la educación estética, **"el hombre sólo juega cuando es hombre en el pleno sentido de la palabra y sólo es plenamente hombre cuando juega"**.

amigas que no sólo suelen desvirtuar los sueños de las multitudes, sino que llegan a promover su gusto individual, amenizándose su propio acto de coronación con bullerengues y bambucos. Claro que no sé quién es más repudiable (un amargo sabor de palabra que igual repudio): Si el dictadorzuelo que nombra a su hija reina del carnaval popular o el padre de la niña pobre que utiliza su reinado fugaz como un trampolín de poder.

En los carnavales —Como dice nuestro investigador Edgar Rey Sinning —, el orden establecido no es o no se supone que no sea el mismo orden cotidiano e institucional en que se enmarca una comunidad, los carnavales han existido aquí como una fiesta de transgresión autorizada y más que en ningún otro sistema de gobierno como en el de una democracia, el carnaval es o debería ser una gran fiesta en la que toda la sociedad cediera o debiera darse a sí mismo; ilógico sería que en ese mismo contexto los núcleos populares que la integran le dieran su reglamentación a las fiestas. Es curioso, en tal sentido una verdadera democracia adquiriría la misma filosofía o viceversa, también dicen que si uno no hace el carnaval, se lo hacen.



Como en la caricatura, el carnaval forma parte de la legítima defensa de lo que se conoce como opinión pública, como la caricatura la letanía distensiona, agujonea, critica usando la gracia, la ironía, la franqueza y la burla. El carnaval es una revolución, pero no es una revolución material real, sino ideal; busca la confrontación y el cambio en el terreno del humor, utilizar el carnaval para pretender realizar

una revolución contingente y material parecería un contrasentido, sino una mala película o una mala traición. Supondría un devolverse al mundo que ha pactado suspender, convertirse por lo menos en el revés de ese mundo, que a su vez querría utilizar las fiestas para perpetuar sus propios valores. El carnaval ha sido utilizado por el pueblo, especialmente por artistas y poetas para ridiculizar a las autoridades. Es muy difícil establecer el papel que ha tenido el humor en la caída de un gobernante. Pero casi como una tradición de nuestro carnaval, las letanías han sido objeto de censura, amenazas, recontenciones, llamados de atención y encarcelamiento. Los medios de comunicación censuran sus temas y amarran la viperina lengua de los letanieros. Algunos de ellos ejercen la autocensura y cargan bajo el brazo varios libros de versos, unos suaves, otros cargados y otros muy fuertes. Alguien dirá seguramente que ciertas letanías —como la letra de algunas canciones y un buen número de caricaturas— son por ejemplo,





## Pensar en Carnaval

expresiones de mal gusto que desdoran y ensucian el rostro inmaculado de la patria. O que su audacia y su respeto sobrepasan los límites de la libertad y de las más amplia tolerancia. El espíritu provocador del carnaval, es cierto, se nutre apasionadamente de la burla y esta guarda como pocas expresiones un sabor de desencanto.

¿Habrá acaso algo solemne en este aire de carnestolenda criolla que intentará impedir siempre, ceja arriba, el volcán sonoro de toda franca carcajada? En las manos hipersensibles de ese refrito puritanismo, el carnaval correrá siempre el peligro de adquirir la misma atmósfera grotesca de panteón que han tenido los museos y las bibliotecas donde nadie habla en voz alta, ni pisa fuerte y donde no se atreve a entrar nadie que no sea un iniciado.

El mundo fue y será una porquería ya lo sé. El mundo está transpirando violencia por todos los poros como recordaba Eduardo Galeano hace una semana, que la inseguridad es el pánico de nuestros tiempos y que Colombia es el país más violento del mundo. Los asesinatos de todo un año en Noruega, decía, equivalen a los de un fin de semana en Cali o Medellín. Hay una violencia estructural de nuestra sociedad. Colombia es también uno de los países más injustos del mundo, 80 por ciento de pobres, 7 por ciento de ricos; de cada 100 adultos hay 22 desempleados y 55 trabajan a la buena de Dios en la economía informal.

En ese sentido parece lógico que el país más violento del planeta tenga, como en efecto tiene, el mayor número de fiestas. La angustia busca válvulas de escape y en Colombia estas se abren seguido y de a poquito. En el carnaval lo privado puede hacerse público, lo que parece de gueto puede expresarse en público y puede devolverse también lo público a lo que siempre lo había sido, como todas las calles a su carnaval.

En nuestros tiempos de libertad —dice el investigador Rogelio Hernández— cuando el espacio se restringe

o se marca con sentido de exclusión el desenvolvimiento de los actores, en general de las multitudes, pierde el carácter libertario propio del carnaval. Preocupada por cierta división norte-sur o por esos desfiles que no van a ninguna parte, su colega Mirtha Buelvas sugiere una especie de Zona Franca para el encuentro de todos. Un cumbiódromo había propuesto otro estudioso años atrás. El carnaval es el enorme espacio conceptual y festivo que tenemos como humanos y como ciudadanos los barranquilleros, para aplicar también, el compromiso de reconstruir lo público con base, por ejemplo, en los presupuestos democráticos de justicia, libertad, equidad y ética.



Han pasado más de 40 años y sé que no podré olvidar jamás el ritual de mi primer disfraz de vaquero y el asombro que de niño me causaron aquellas multitudes disfrazadas en el Paseo de Bolívar y la Batalla de Flores, a donde me llevaron mis padres con otros padres y

pequeños del barrio para que viviéramos el carnaval. Eso sí, con mucho cuidado para que no me robaran el sombrero o las pistolas. Recuerdo entre tantas cosas que uno de los ejercicios de observación, con otros pequeños de la cuadra, era señalar las personas que no lucían en ellas un elemento carnestoléndico: un capuchón, una máscara, una capa de trapo o de anilina, un maquillaje grotesco. Había entonces tanta gente disfrazada observando los eventos que hubiera sido factible cambiarla de lugar con la que desfilaba sin modificar un ápice el colorido y el sentir de aquella fiesta.



*"Esto es lo mío, Schopenhauer,  
yo sigo siempre en el goce,  
el del ritmo no eras tú".*

Más de 20 años después, hoy 20 años atrás, filmé con mis amigos mi primer documental (*"Ay carnaval"*), movido —les confieso— no por el deseo de convertirme en un director de cine, sino por una angustia insobornable. Aquel temor (atávico) y repetido por tantos años, no porque me siguieran robando las pistolas, sino porque me quitaran y se fuera disolviendo aquella colorida, primitiva y abigarrada noción de carnaval.

El origen histórico de nuestro carnaval caribe se encuentra, lo sabemos, en la trietnia de nuestros antepasados, pero quizás un embrión de su identidad podría venir de ese tantas veces criticado deseo o debilidad nuestra por el goce del ocio. Lugar donde suele reinar la imaginación y por supuesto la utopía. La voluntad del ocio, sería entonces, visto desde adentro, no un defecto sino un constitutivo esencial de nuestra alma caribe. Así, mientras el hombre europeo de Schopenhauer se sentía arrastrado por una voluntad de codicia insaciable, el hombre caribe parecía haberse instalado por voluntad propia y desde hace mucho tiempo en el goce. Frente a la noción de trabajo productivo, cuya acumulación de capital y bienes que manejaba aquel, podríamos enarbolar nosotros con orgullo el trabajo estético de esto que estamos haciendo. La bandera del trabajo estético de esto que estamos haciendo aquí: el ocio creativo.

Nuestra urgencia primaria, no va de los hombres observados por el primer filósofo alemán del modernismo, a quienes él proponía el ocio como un segundo lugar de redención particular y privado donde expiar los desmanes de su ambición connatural; eso de ser cierto, explicaría nuestra propensión a la alegría, a la felicidad, al vación y al arte. Y a poder decir sin rubor en algún pequeño-gran carnaval de nuestro mundo:

El ocio es una suprema razón de ser, que valora el ser del hombre y propone la fiesta como creación colectiva; la fiesta no es accesoria, el hombre es el único animal que ríe y que da risa; que tiene la capacidad de reír y hacer reír; de sufrir y hacer sufrir; sonreír y enternecerse; sentirse pleno y vacío y vivir la muerte.

Los caribes quizás creemos reír más que nadie porque, como nadie, creemos haber padecido el dolor. O porque nuestra voluntad de goce nos desborda, como desborda al parecer a nuestros hermanos brasileños de Río de Janeiro, que gozan todo el año la preparación y los ensayos de su samba de creación que ofrecerán como espectáculo un solo día de carnaval en unos breves 75 minutos.



## Pensar en Carnaval

Dicen que el hombre caribe no vive pensando en la muerte y parece cierto, no la piensa porque también la vive, la asume como parte de la vida y la saca a bailar siamesa en carnavales, porque en carnaval nadie muere y si muere resucita.

En las elites de las ciudades con carnaval que han asumido con vehemencia los valores del pujante progreso universal, la mayoría de los hombres modernos angustiados por el aumento o la baja en la productividad de sus empresas, el rendimiento y la rentabilidad, tenderán a contemplar la creatividad, las obras de arte, todas esas manifestaciones culturales, hijas del ocio creativo de sus pueblos y ciudades con admiración sí, pero con distancia. Con la misma admiración y distancia con que se contempla un espectáculo y tienen su razón, distanciados de ese mundo de la mercancía que pueden esas comparsas, esos bailes medievales, esas esculturas sin sentido, esas maquinas inútiles, ser para ellos sino objetos de contemplación. Para que les sirven en su realidad, para nada. No las han construido ellos, no les son útiles. En el salón de artes, en el taller de creación, en las calles, aquí hay un silencio. Hasta

que uno de ellos se pone de pie, camina hacia el primero de esos contenidos maravillosos y le cuelga un letrero: puede ser de publicidad, un sello editorial, una marca, un slogan político, un precio, los demás hacen lo mismo.



Cuando la elite de una ciudad moderna orienta y dirige el carnaval de su sociedad, suele hacer muy bien todo lo que sabe. Pero esta probado que cuando hace bien lo que sabe solo tiende a salirle mercancía. No hay muerte sin la vida, ni vida sin la muerte. Y ni siquiera la realidad termina en los precios de los tomates, por eso quiero hacer mía, en un préstamo infinitamente, agradecido, la frase de los indios U'wa si hubieran necesitado rezar el hombre occidental desde mucho antes de los tiempos

de Schopenhauer: ***“Que la codicia se apiade de nosotros, nos permita ver la maravilla de un mundo, la grandeza de un universo que se extiende más allá del diámetro de una moneda. QUE VIVA EL CARNAVAL”***